

DE LA CULPA A LA CAUSA

—Ante todo, por supuesto, y encantado, daros las gracias por vuestra presencia. Es otra vez una bendición encontrarse tanta gente, como ayer ¿no?, para la situación de hoy. Ayer era un filósofo, hoy no sabemos exactamente a qué: un pensador... con mucho cuidado tendré que decir que es filósofo, siendo así que sabemos que es un gremio al que ataca furibundamente continuamente y con buenos argumentos. Venimos todos con la expectativa (creo que puedo decirlo en plural) de que no vamos a escuchar a un conferenciante que nos diga sus opiniones, nos esponga sus opiniones, más o menos articuladas, sino que, como él dice con una soberana arrogancia, él va a decir la verdad. Él va a decir la verdad; por eso es lógico que estemos tan atentos y os invito a que lo escuchéis atentamente, no sin... antes de darle la palabra, sin embargo, me voy a permitir el pequeño narcisismo de evocar su figura desde la perspectiva de... no tanto mía sino de mi generación. Hace un momento estaba ahí con algunos amigos que, por así decirlo, asistieron por allá por los años '70 a la eclosión, a la explosión, bellísima, de los libros, de las cosas que hacía, de las cosas que decía Agustín García Calvo, las cartas de negocios de Requejo, el Sermón de ser y no ser... Son cosas de hace 25 o 30 años, que por lo menos a muchos nos ayudaron para organizar nuestra educación sentimental e intelectual, y públicamente quería darle mi agradecimiento aquí en nombre de mucha gente.

Luego han pasado muchos años, han pasado muchas cosas, la realidad cada vez se ha puesto más cruda en contra de las cosas que pretende A.G.C. ciertamente; por así decirlo, cada vez está más derrotado; y eso no quita que algunos intentemos mantener una cierta fidelidad, desde situaciones contradictorias, como ésta misma, la misma situación de hoy en que aquí, aprovechándonos de la hospitalidad ¿no?, que también quiero agradecer, de esta caja, de Caja Murcia, pues pueda producirse quizá algo ¿no? a lo mejor hace algo aquí el maestro. Entonces, digo, hay una cierta fidelidad que hemos querido mantener algunos en medio de contradicciones, de seguir leyendo las cosas que escribe, de escuchar atentamente las cosas que dice, sabiendo la dificultad de que lo que él diga haga algo, sin embargo —insisto— teniendo la expectativa de que sí, de que lo que diga haga algo. Muchas gracias.

—Gracias también por mi parte por vuestra presencia, gracias a Patricio Peñalver por esta evocación sobre todo, gracias a Caja Murcia, que nos invita con una contradicción que no dejo de aprovechar. También el Capital tiene sus contradicciones, y hay algunos que tratamos de escurrirnos aprovechando de vez en cuando prudentemente algunas de ellas. Ya quisiera yo que fuera verdad eso de que... Es verdad, desde luego, que no vengo a daros mis opiniones. Lo de que venga a decir la verdad, eso no puede ser, porque una persona siempre miente: la persona está para mentir. De manera que sólo en la medida en que uno hace esto que suelo enunciar como la táctica del hablar y de la acción que es dejarse hablar, aprovechando que uno no está nunca cerrado, bien hecho del todo, dejarse hablar, sólo entonces puede suceder algo que se parezca a eso, porque entonces puede ser la lengua común la que hable a través de uno y a pesar de uno, y sólo eso podría tener el sentido de decir verdad, que en definitiva sería decirle No a la Realidad, tal como se nos da y se nos vende. Ésta es la primera contradicción en la que querría que paráramos mentes.

Como veis, en el título se dice “De la culpa a la causa” y, según las ideas que nos tienen imbuídas, esto parece que está del revés: uno piensa que lo primero es la causa y que si uno por ejemplo es culpable de algo es porque es causante en primer lugar de algo: parece que ése es el buen orden. Pues bien, la Realidad es algo que está siempre del revés, la Realidad es mentira, no puede entenderse la Realidad de ninguna manera, la Realidad que Estado y Capital manejan y la que constituye nuestras vidas cotidianas, más que reconociendo su falsedad esencial. Y por tanto está del revés, y en este caso está del revés: la realidad que se pretende primera, que es la física, es en verdad la segunda, y la primera es la realidad jurídica, la social. Y, más todavía, la realidad física y por tanto la noción de causa que la Ciencia maneja nacen secundariamente para justamente darle fundamento a la realidad de verdad primera, que se nos vende como segunda, que es la realidad de las inculpaciones, de los juicios y de todo el régimen de la Justicia por parte del Estado y de sus acólitos. Es así como estoy tratando de poner del revés lo que está del revés. No

para que quede “del derechas”, porque eso no sé qué es, sino para que no esté tan seguramente del revés, lo cual ya es bastante como acción.

Tened en cuenta eso, de lo que esto es un ejemplo: la realidad está del revés. Cuando se os predique (aunque sea por la Televisión, órgano supremo de la educación, o a través de la Universidad) cuando se os predique algo, un orden de cosas, más o menos causal, ya podéis estar dispuestos a saber que os lo están diciendo del revés, porque ésa es la necesidad del engaño, y éste caso de que antes es la culpa y sólo después de la culpa es la causa me sirve como un ejemplo muy pertinente.

Podría acudir... no me gusta mucho, pero podría acudir a la Historia (luego ya entenderéis por qué esto no me gusta mucho), pero tal como la Historia se nos cuenta y tal como se nos da escrita podéis comprobar que, desde los primeros tiempos de esa Historia (que no es muy allá: la Historia empieza hace diez mil años, que es una cosita de casi nada en comparación con los cientos de miles que se supone que hay gente hablando sobre la tierra ¿no?), pero desde muy pronto de empezar la Historia, por ejemplo en la Mesopotamia, entre sumerios, asirios, también entre los hetitas con su lengua indoeuropea, podéis encontrar códigos de leyes enormemente complicados. Es decir, que la inculpación, el desarrollo de la culpa, ha progresado ya desde entonces, desde 5.000 antes de Cristo o 4.000 a.C. enormemente, al mismo tiempo que todavía el desarrollo de la Ciencia y por tanto de la causa física estaba más o menos en pañales, y a lo más que se llegaba era a aquellas cosas de los babilonios de poner en relación la conducta humana con los influjos de los planetas y de las estrellas y cosas por el estilo; de manera que es una evidencia: al mismo tiempo que de la causa no se había hecho un desarrollo notable, en cambio las leyes, los líos de la inculpación, riquísimos, detallados, estaban en pleno desarrollo. Allí podéis ver en qué consiste pecar: “si uno deja que su buey se meta en una extensión de dos yardas dentro de la tierra del vecino, habrá pecado (es decir, habrá cometido falta) el dueño del buey, y estará obligado a pagar tanto, o a lo mejor a sacrificar al buey”, “si uno se acuesta con una hermana de una esclava de su casa y tal, habrá cometido un pecado en un grado tal, que tendrá que ser satisfecho con tal cantidad de dinero”... Bueno, la pretensión que nos sigue rigiendo, la de regular la vida, regular la vida por medio de disposiciones legales, jurídicas, ésa es la que ahí encontramos de una manera exagerada al mismo tiempo que, como os digo, todavía el desarrollo de una ciencia causal necesariamente, como tiene que ser cualquier ciencia de la realidad, estaba todavía en sus comienzos, en sus comienzos apenas.

Esto era un recuerdo, con el que aprovechaba la Historia, pero volvamos enseguida a la situación en que hoy nos encontramos: tanto la culpa como la causa han venido desarrollándose constantemente a lo largo de estos siete u ocho mil años que llevamos de historia, y en el Régimen del Bienestar que hoy padecemos, en el régimen que hoy padecemos alcanzan tanto la una como la otra su más alto grado de falsedad, de poder, de veneno. Es en ese sentido como quiero venir aquí a atacarlas juntamente y volviendo del revés la relación que se da entre una y otra.

Éste es un régimen en que... (bueno, es, la verdad, el único que conocemos porque es el único que padecemos: todo lo demás son cuentos de la Historia, aunque sea la historia de los sucesos de ayer que la Televisión nos ponga delante de los ojos, pero ya convertida en historia por el solo hecho de pasar a través de la pequeña pantalla), en este régimen, en el que están todos los demás en forma de imaginaciones históricas o de otro tipo, nos estamos ahogando (y no digo quiénes somos “nos”, los que nos ahogamos, porque a eso volveremos después), estamos en un sin vivir, que en este régimen consiste en aceptar los sustitutos de la vida más a ciegas que nunca, precisamente porque la fe en la causalidad, y por tanto en la culpa, no sólo no ha cesado, sino que se ha seguido desarrollando. Sin que esto sea total, porque hasta en la Ciencia misma, cuando hay algún investigador honrado, que los hay, por lo menos con una partecilla de su alma, a ratos, de vez en cuando descubre la vanidad de las nociones mismas de ‘causa’ y por tanto no es que este progreso en la imposición de la muerte, administración de la muerte por medio de la fe en la causa y en la culpa sea total: es simplemente imponente, mayoritario, aplastante, nos ahogamos en él, pero desde luego no es todo, hay siempre atisbos, como digo, hasta entre los

científicos, cuando alguno, en vez de obedecer a lo que está mandado en cuanto a hacer representaciones científicas, de verdad descubre; y descubrir quiere decir descubrir la mentira de aquello que se nos da como Realidad y se nos vende como tal.

Hace muchos años que (en aquellos años que Patricio conmemoraba) intenté, como estudiante o estudioso de lingüística que era, descubrir en qué manera este desarrollo de la causa y de la culpa se da por medio del lenguaje, es decir, de la sumisión de la lengua, que de por sí es común y libre, al servicio del Poder, y por tanto al servicio del sostenimiento de la Realidad. No puedo remitirme ahora muy detalladamente a aquello, pero tened en cuenta este paso: es una lengua, en la medida en que la lengua se deja someter al poder de una tribu determinada, es en la operación y en la sintaxis de esa lengua donde surgen y se establecen por primera vez la relación causal y por tanto la culpa. Puede la cosa empezar desde lo más elemental de la sintaxis, que es la mera sucesión: una cosa se cuenta o se dice tras otra (necesariamente: ésa es la condición del habla: la lengua sólo puede producirse en sucesión), se cuentan cosas sucesivas como “Salió de su casa; pasó por delante de un cerezo; arrancó un ramito de cerezas; se comió las cerezas; al cabo de algún trecho de camino se encontró a un caballero”, unas cuantas frases enlazadas por sintaxis elemental. Pues ahí está ya el comienzo del veneno: uno puede entonces pensar que el haberse comido aquellas cerezas puede haber sido la causa de que después se encontrara al caballero, porque la propia sucesión tiene esta virtud, le comunica la sucesión lingüística una especie de prestigio a la sucesión de los hechos llamados reales o extralingüísticos, y por ahí puede empezar a surgir la causa. O con una sintaxis un poco ya más explícita, porque se da por medio de la conjunción elemental ‘que’, en el cuento del gallo Quirico que todos conocéis: el gallo Quirico, que iba a la boda de su tío Perico, metió el pico en una boñiga de vaca y se untó el pico; y entonces fue andando andando y se encontró una mata de hierba, y le dijo “¡Hierba, límpiame el pico, que voy a la boda de mi tío Perico!” “No quiero.” Fue andando andando y se encontró un buey, y le dijo: “¡Buey, come a la hierba, que la hierba no quiso limpiarme el pico, que voy a la boda de mi tío Perico!” “No quiero.” Fue andando andando y se encontró un palo, y dijo: “¡Palo, pégale al buey, que el buey no quiso comerse a la hierba, que la hierba no quiso limpiarme el pico, que voy a la boda de mi tío Perico!” “No quiero.” Fue andando andando y se encontró a un fuego, y le dijo: “¡Fuego, quema al palo, que el palo no quiso pegarle al buey, que el buey no quiso comerse la hierba, que la hierba no quiso limpiarme el pico, que voy a la boda de mi tío Perico!” etc., toda la retahíla. Ahí ya veis que el enlace por “que” se vuelve... no voy a decir que ese “que” sea de verdad causal, pero desde luego está empezando a serlo; está empezando a serlo y además colocándolo a caso en el lugar que os digo que es el primero, en la culpa, en la relación de culpa. El gallo va pidiendo que se dé un castigo consiguiente a una culpa que se ha cometido; de forma que ahí veis cómo la sucesión ha progresado un poco más en cuanto a establecer rudimentos de una relación causal y por tanto de una relación culposa. Después viene el desarrollo, que es lo que entonces más estudiaba, de algunos de los Casos de las lenguas indoeuropeas, el Istrumental, que acaba por poderse usar como lo que los gramáticos de las escuelas llamaban un Ablativo Agente, o el desarrollo de las conjunciones, que acaban por tener, pero después de largo uso, el valor de ‘porque’ o de ‘para que’. En castellano todavía, hasta el siglo XIV, en castellano viejo, se decía ‘pora’ y ‘pora que’ y estas dos cosas sólo después se nos han separado, de la misma se han separado dos (por un lado está ‘por’, por otro está ‘para’; por un lado está ‘porque’, por el otro está ‘para que’), y de esa manera las dos causas aristotélicas, la Causa Eficiente y la Causa Final, acaban por encontrar, por este trivial desarrollo del sentido de las conjunciones, un apoyo también, de manera que podemos decir que es por ahí por donde empieza la cosa. Y sobre todo, en lo que quería que pararais un poco mientes, en el caso de esa construcción que todas las lenguas conocen de una manera o de otra que es la de las condicionales, el período hipotético, especialmente las condicionales eventuales: “Si se te pierde una herradura, se perderá la batalla”, “Si se te pierde una herradura del caballo, se perderá la batalla”. Fijaos en esa conexión: se hace una hipótesis, una hipótesis de futuro (a eso es a lo que se alude como Eventual) y en virtud de ella se hace una promesa o amenaza, “se perderá la batalla!”. Esa conexión, que parece distinta de la conexión causal, es desde luego su fundamento, porque a partir de ahí se puede decir “Se perdió la batalla porque se le perdió una herra-

dura del caballo.” y tomar aquello como si fuera la causa de la guerra o cualquier otra cosa con toda tranquilidad.

Bueno, os quería hacer asomar un poco a la manera en que la lengua interviene en esto y sobre todo a esta aparición del futuro, que tiene para nuestro tema de hoy mucha importancia. Fijaos en los casos más extremos. Uno está acostumbrado a pensar que la Ciencia trata de hechos, de cosas que están ahí. Bueno, pues también al revés hay que empezar recordando que la Ciencia empieza, antes de ser científica, por ser profética. Es decir, lo primero que se trata de hacer es emplear alguno de estos trucos lingüísticos como el futuro de nuestras lenguas y proclamar “¡Morirá el 15 de Julio!” para un tiempo, y entonces César, quien sea, muere, lo matan el 15 de Julio, y entonces los hechos han confirmado la profecía. Fijaos en el absurdo de esto, porque esto toca la raíz misma de la organización científica, que pretende estar basada en la predicción con éxito. En esta forma elemental que os doy, en esta predicción de la muerte de Julio César, tenéis el ejemplo del absurdo que se contiene ahí: ¿cómo los hechos, que se supone que son hechos y pertenecen a la realidad extralingüística, pueden servir para decidir la verdad o la falsedad de una formulación lingüística como “Morirá el 15 de Julio.”? Es profundamente absurdo, pero es justamente sobre ese absurdo sobre el que la falsedad de la Realidad y del Poder está asentada, sobre las predicciones en futuro que se comprueban absurdamente por medio de los hechos cuando llega el caso. No voy a insistir más en eso; os dejaré pensando en ello y, si luego tenéis algo que decirme sobre ese punto, volveré.

Tengo ya que acercarme a la declaración que está implícita por el tono en que os hablo desde el principio: la culpa es falsa, la causa es falsa; no hay de verdad culpa, no hay de verdad causa. Esto de una manera clara y para que no digáis que me ando por las ramas. Todo esto son trucos, pero trucos muy esenciales para el sostenimiento de la verdad [de la realidad]. La culpa es falsa por lo mismo que la causa es falsa: porque es una; y eso (el sentido común lo dice), eso no puede ser. Eso no puede ser. Cualquiera siente que si se pone a pensar en culpas o en causas de las cosas que pasan tendría que pensar en una infinidad de factores, una infinidad verdaderamente interminable, incapaz de analizarse. De manera que la falsedad de la culpa o de la causa está en que se selecciona, por motivos que en cada caso hay que analizar, se selecciona una; porque el culpable de un asesinato ¿cuántos van a ser, a no ser que sea un grupo que funcione como unidad? Individualmente o en grupo, el culpable es uno. Y de la misma manera, de las causas de los hechos físicos no pueden andar dando muchas vueltas y perdiéndose por ahí: la causa es la causa. Esta pretensión de que se hable de la culpa de algo, la causa de algo, es la que es y os presento como profundamente falsa.

Entonces, antes de que pasemos más adelante, tenemos que preguntarnos: si esto es así, si no hay de verdad culpa, si no hay de verdad causa, ¿cómo es que impera tanto, y no sólo porque las leyes del Estado nos lo impongan, sino porque hay algo en el alma de cada uno que nos lo impone también? En esto es en lo que hay que fijarse por un momento: hay una necesidad, hay una necesidad muy profunda que promueve esta falsedad y que la sostiene. En primer lugar, con lo primero, con la culpa: se necesita culpar a uno, uno tiene que tener la culpa de lo que a uno le pasa, uno; se necesita culpar a uno e incluso, un paso más allá, se necesita culparse a sí mismo (lo que decía el santo, *Felix culpa!*, precisamente como una vía hacia Dios), se necesita porque ésa es la manera de ser uno. Si a uno se le hace culpable, causante de algo, por supuesto, a él se le está configurando, constituyendo, por ejemplo se le hace reo de asesinato o se le hace héroe o lo que sea, pero, de rebote, yo que practico esa inculpación estoy ganando también mi propio sustento, me estoy sosteniendo como siendo el que soy. La culpa es un sustento elemental del ser, por decirlo con terminachos un poco filosóficos, es el término sustancial o sostenedor del ser. De forma que no puede estrañarnos mucho que, a pesar de la evidente falsedad de estas conexiones que aquí os estoy poniendo de relieve, haya un imperio; porque ahí es donde uno se juega, no la vida, desde luego, donde uno se juega el ser, se juega el ser. Si uno no puede ser culpable de algo, no puede ser por tanto causante de hechos, uno no es nadie, uno empieza a no ser nadie, su ser se pierde. Esto, conexionándolo con lo del futuro que antes os he mostrado: se trata de estar seguro, de estar seguros. Esta estúpida pretensión es sin embargo el imperio mis-

mo y la administración de la muerte, la pretensión, la necesidad de estar seguros. Se sabe por lo bajo, el sentido común sabe, que no tiene sentido, que de lo que no ha pasado, desde luego, no se puede estar seguro, y de lo que ha pasado, por rebote, tampoco, porque nunca se podrá saber cuál es la historia verdadera de lo que aconteció. Uno se sabe que en verdad no se puede estar seguro, pero uno tiene una necesidad de estar seguro, de asegurar, en primer lugar, su futuro. Un miedo, no a la muerte, sino precisamente a perder la muerte que le asegura, que le da una seguridad, porque cada uno está hecho en virtud de que sabe que se va a morir y la idea de su muerte siempre futura es el fundamento de su propia entidad, de su propia realidad. Si uno se pone a dudar de la conexión causal, uno está atentando contra este principio que acabo de enunciaros, contra la administración de muerte, que es lo que no sólo nos rige como poblaciones sino que nos constituye a cada uno como cada uno: lo uno viene a darse con lo otro.

Bueno, habría que examinar con más detenimiento del que ahora puedo la relación (que ya está enunciada al paso) entre la fe en la causa y la culpa y la predicción o aseguramiento del porvenir, que después de todo es el funcionamiento mismo del régimen, al que he llamado Administración de Muerte. Las conexiones son claras: una vez que se ha determinado la causa (pensado por ejemplo ahora en Medicina), una vez que se ha determinado la causa de una enfermedad, entonces inmediatamente se pasa a la acción (la acción, por supuesto, servil, la acción no de hacer nada ni descubrir nada nuevo, sino la acción de confirmar con la propia acción la Realidad); y entonces se ponen a practicar pues por ejemplo la profilaxis, el prevenirse, acercarse a la seguridad del futuro en virtud de que se ha sabido la causa. Por ejemplo, “el tabaco es la causa del cáncer.” ¿Cómo se puede decir ni siquiera esto en serio por un momento? Y sin embargo está dicho por todas partes y dominando, y nadie se atreve a reírse, nadie se atreve a reírse, por el contrario, se siente inclinado a tragárselo y a creerlo. ¿Cómo puede ser el tabaco la causa del cáncer?, ¿qué especie de aislamiento de esa infinidad de factores tiene que haber usted practicado, qué falsificación en las estadísticas que haya montado tiene que haber hecho para llegar a quedarse con esa causa electa y decir “Ya tenemos el origen y la causa del cáncer; por tanto, quitémos el fumar y ya”? Ése es el paso a la acción: profilaxis, “quitémos el ...”. Peor todavía: profilaxis más avanzada: “Sabemos que las mujeres, cuando llegan a los cuarenta o cincuenta años, suelen desarrollar tanto por ciento de peligro de tener un cáncer de mama”, pues profilaxis: “¡lancemos furgonetas hasta los últimos pueblos de la sierra de todos los sitios, para que vayan a hacer ispección de las tetas de todas las señoras del pueblo una detrás de otra!” Y entonces, efectivamente, como ya ahí ha sido la cuestión de edad y condición lo que ha determinado la causa, pues “muerto el perro, se acabó la rabia”, como aquellos exagerados padres de Norteamérica que, como en la familia las mujeres solían todas padecer cáncer de mama, pues entonces cuando llegaban las niñas a los trece años les cortaban las tetas (una noticia de periódico, nada menos, que sin embargo se recibe como si no pasara nada). Éstos son casos extremos de la falsificación de la acción que se desprende de la creencia en la causa, y por tanto de la necesidad de tener un futuro seguro, todo lo cual espero haberme arreglado para mostraros por lo menos cómo está conectado. Fijaos bien en que, como suele suceder, la realidad está sostenida siempre por los cuantificadores, y en este caso sobre todo por las estadísticas. ¿Qué os hacen, por ejemplo, por no dejar el mismo, con el cáncer? Pues os hacen estadísticas en las que se cuentan los que han muerto en tal edad, en tal y cual condición, con esto y con lo otro, y se ponen en contraposición con aquellos que podrían haber muerto si no se hubieran practicado las medidas profilácticas. Fijaos bien: ésos que “podrían haber muerto si no”, esos entes, esos (como llamaba Unamuno a cosas parecidas) ex-futuros, ésos-que-podían haber-muerto-si-no son los que sirven para sostener la práctica sobre los que están todavía realmente vivos; ésos fantasmas son también característicos del cuento que os estoy contando, sin el cual las estadísticas no funcionarían.

Hace muchos años, imitando las tácticas de ellas, cuando yo todavía escribía en esa cosa de El País y todo eso (sacaba artículos de vez en cuando), pues demostré en un par de artículos la relación entre información y cáncer, mostré que efectivamente la verdadera causa del cáncer era la información, es decir, la acumulación de información no deseada, no pedida, inútil, que efectivamente por nuestro mundo es lo que más evidentemente crece: estás continuamente recibiendo

información, desde la televisión a los letreros de las maquinitas, hasta todas partes, hasta las comidillas entre las comadres por teléfono, especialmente por teléfonos móviles; es decir, la cantidad de información inútil se va acrecentando, y efectivamente eso tiene unas consecuencias... Era una conexión que yo explicaba haciendo una parodia seria de los biólogos y de los médicos, con unas conexiones entre el cerebro inferior, el cerebelo, que está encargado de mandar mensajes, información, como sabéis, a las células del organismo, y el cerebro superior, que es el que recibe la información inútil: como no pueden estar separados del todo, algún trastorno que produce en el cerebro superior la información inútil tiene que comunicarse al encéfalo, al cerebelo, y entonces trastornar su propio proceso de información y hacer que envíe a las células pues mensajes impropios, equivocados y que las inciten a proliferarse desordenadamente: cáncer.

Bueno, esto, como digo, es una parodia, pero es una parodia al mismo tiempo seria, que trata de poner de relieve lo que es la causa. Después de todo, cuando estoy aquí ante vosotros atacando la culpa y la causa, lo que estoy atacando es, de alguna manera, un tipo especial de información; de manera que estoy luchando por vuestra salud. Eso es una cosa evidente para cualquiera; además se nota: no hace falta que yo lo diga. Yo supongo que se nota que, cuando estoy hablando, estoy hablando en el sentido de la salud y de ninguna manera en el sentido del imperio de la enfermedad, que es el habitual.

Bueno, en ese mismo intento, en esa misma parodia, acababa también refiriéndome a los virus, y hacía la historia de cómo los virus se habían hecho individuales; de manera que planteaba la cuestión de que 'virus' primero empieza a ser una amalgama o masa informe que de alguna manera se mete por entre la tribu y sus calles y va atacando; pero el Progreso tiene que convertir aquello en lo mismo que es la población humana: una masa, sí, pero una masa de individuos; una masa de individuos, porque la población humana está constituida por esa doble necesidad de ser conjunto, todos, que se nos pueda contar, pero cada uno cada uno, cada uno con su ser, cada uno siendo cada uno; de manera que así es como los virus tenían que venir a ser individuales. Es verdad que a los virus vérselos propiamente no se les ve: hay una ilusión a través de microscopio electrónico que se hace pasar por un ver, y no es verdad, pero, bueno, es lo bastante para mantener la trampa; entonces se piensa que efectivamente allí, en ese puntito que falsamente se pretende ver, allí está la culpa: el virus es el culpable de la enfermedad.

Si leéis artículos de divulgación, os daréis cuenta cómo ese puntito se va convirtiendo efectivamente en un bichito cada vez más humano, que tiene cada vez más de intenciones, que recibe contagios de otros bichitos o que no los recibe; en fin, la vulgarización, como siempre sucede con la Ciencia, progresa mucho más allá de lo que la Ciencia misma dice, pero en el mismo sentido, en el mismo sentido del mismo engaño. De manera que esto nos hace venir desde los virus a la cuestión de la necesidad de ser uno que uno padece y que antes he enunciado.

No quiero pasar a eso último sin antes hacerlos dar un paseo también por la Física, después que hemos dejado a la Biología y a la Medicina. Me remito a unas proclamaciones que he leído de físicos, de físicos notables, de Schroeck y un físico-filósofo, Blumenthal, que, en un tratado acerca de Mecánica Cuántica, se plantean seriamente el problema de la que antes se llamaba partícula elemental (ahora no saben cómo llamarlo), y entonces reconocen que el proceso o movimiento del electrón, por ejemplo, no puede por supuesto ser determinístico, es decir, en lenguaje vulgar, fatal: la Ciencia tiene que huir por un lado de la determinación absoluta, porque eso correría el peligro de que se tomara como una declaración de que todo está ya hecho, de que no hay nada que hacer, y como hay que seguir haciendo trabajar a la gente para que el mundo cambie para seguir igual, pues eso no conviene. Eso no conviene; entonces, por supuesto, no puede darse que sea la trayectoria, el movimiento del corpúsculo en cuestión fatal, dado de antemano, determinado: eso destruiría la Ciencia misma; por otra parte tiene que ser causal (esto ellos lo declaran explícitamente): si no hay relación de causación, no hay tampoco Ciencia. Bueno, pues he aquí lo que entonces se les hace evidente como conclusión: si algo tiene que tener causa, pero no puede estar sometido a una determinación total y externa, lo que le pasa entonces es que el corpúsculo adquiere conciencia y voluntad: es determinante de sí mismo. Lite-

ral –¿eh?– esto en bocas de físicos de prestigio y como una conclusión que se les aparece: algo que no puede estar determinado pero que de todas formas tiene que obedecer a la ley de la causalidad tiene que llevarlo en sí mismo. Es así como no sólo un átomo sino un electrón alcanza consciencia, conciencia de sí mismo, y por tanto voluntad (volviendo, dicho sea entre paréntesis, a aquella noción que en Lucrecio sobre todo se desarrolla, de parte de Epicuro, de cómo es en la desviación del átomo donde está el origen de lo que él toma como libertad de los movimientos entre los hombres).

Bueno, pues quería llevaros desde los virus a los corpúsculos elementales que se han vuelto conscientes, que saben lo que hacen, que tienen conciencia de sí mismos porque no hay más remedio en este desarrollo de la Ciencia, para que volviéramos desde ahí hasta nosotros mismos. Volvemos a nosotros mismos: tenemos que vivir como vivimos, en medio de una red perpetua de inculpación mutua, que también recae sobre uno mismo. Ya os lo he mostrado antes: el interés en que otro tenga la culpa es un interés que revierte en que uno mismo, por su propia culpa, se constituye. Entonces tenemos que estar así, en redes de inculpación, ahora relacionando con el futuro, en exigencias por tanto que son igual que las de las leyes de las hititas, intentos de regular la vida futura por cada uno de sus pasos, reclamaciones contra los fallos, reclamaciones de justicia o de tonterías por el estilo, todo lo que está fundado en esa necesidad de la culpa y de la causa. Estamos así; podemos decir: hay una necesidad de la culpa de uno que está relacionada inmediatamente con el hecho científico de que la Realidad tiene que concebirse como un todo cerrado, y por tanto, desde ese momento, resultar concebible, aceptable, que haya una red igualmente de relaciones causales entre las cosas. La necesidad de ‘uno’ y la necesidad de ‘todo’, por decirlo muy brevemente, vienen a ser la misma necesidad; padecemos esta necesidad de ambas falsedades por igual y al mismo tiempo: la necesidad de creer en uno, por ejemplo en uno mismo, y la necesidad de creer en un todo, cargándonos la evidencia de la infinitud que no se deja reducir a todo nunca.

Bueno, pues ¿qué sería la verdad frente a todas estas mentiras? Pues la verdad, entre otras cosas, es la que el Verbo encarnado dijo desde la cruz: “No saben lo que hacen.” Ésta es la verdad: no saben lo que hacen. Quien no sea capaz de recibir estas palabras descarnadamente y sin defensa ninguna, no hará más que contribuir a esa red de equivocaciones y de inculpaciones. El reconocimiento del “no saben lo que hacen” es esencial para esto. También Sócrates dedicó su vida a comprobar una y otra vez que nadie hacía mal creyendo que hiciera mal, sino... no, no porque tuviera una ignorancia de lo que hacía, sino porque creía que hacía bien, lo mejor que podía hacer en todo momento, lo más necesario. Ésa es la investigación a que dedicó Sócrates toda su vida. De manera que completa un poco la declaración del Verbo: efectivamente, no saben lo que hacen, pero no lo saben gracias a que creen que sí lo saben, engañándose. Es la única manera de ignorancia que puede concebirse, es una ignorancia sostenida positivamente por la fe, por la creencia en que sí que se sabe. Queremos regular la vida, queremos asegurarnos, queremos saber quién es el culpable, y en esto se nos pasa eso que llaman vida, en esa pesquisa, en esa insistente demanda de culpables y de causas. No lo conseguimos, no lo conseguimos nunca; nunca podemos asegurar lo que es inasegurable; la verdad es que andamos vagando de acá para allá y no sabemos por dónde ni adónde. Por tanto, reducir eso a ninguna forma de saber o de seguridad es una pretensión vana, que se denuncia a sí misma. De manera que con todo este tejemaneje de inculpaciones, de causas, no conseguimos, por supuesto, los fines que tenemos pretendidamente, que decimos que pretendemos; eso no lo conseguimos, pero entre tanto sí que conseguimos una cosa, que es no dejarnos vivir, si es que la palabra tuviera algún sentido. Porque la pretensión y la búsqueda de culpables y de encontrar culpas y causas ocupa, ocupa sitio, ocupa en realidad la vida entera, sobre todo si añadido que, a consecuencia de ello, ocupa también eso de asegurar el porvenir, a lo que estamos esencialmente dedicados, a asegurar nuestro porvenir, que es confirmar la seguridad en nuestra muerte siempre futura, pero ocultándolo, disimulándolo. De manera que evidentemente de poco nos sirve que de verdad andemos por ahí vagando, sin fin

[[SE CORTA LA GRABACIÓN]]

Repito: ésta es la tragedia: no se consigue lo que con todos esos tejemanejes jurídicos, físicos, familiares o lo que sea, se pretende; no se consigue, pero lo que sí se consigue es impedir pesadamente cualquier posibilidad de hacer algo que tuviera el sentido de llamarse vida. De forma que –ya veis, apenas tengo que terminar recordándooslo–, al hablar contra la culpa y contra la causa estoy hablando por vuestra salud, estoy hablando por la vida, que solamente puede tener algún sentido cuando se desprenda de esa fe.

APLAUSOS

–Vamos a dejar una pausa para que puedan salir los que tengan que marcharse, y enseguida pasamos a...

–Podéis aprovechar los que habéis estado penando de pie para ocupar los sitios que han quedado ahora libres y vamos a ello, lo que sea: preguntar o dejarse hablar, dejar dar voz a cualquier ocurrencia que venga; no hace falta que sea necesariamente preguntar.

Vamos a ello. Tú me ayudas a ver las manos... Sí.

–Ha comentado usted que la falsedad es alimento que desde abajo produce cáncer. Entonces ¿cuál es la causa de esa falsedad?

–La causa de esa falsedad ya la he dicho: es que uno tiene que creer, tiene que creer en la causa; hace falta por razones que no sólo son del poder, sino también de ese poder que es uno mismo. Uno tiene que creer esas tonterías; si no ¿cómo las iba a creer? ¿quién iba a dejar que le metieran ese embolado de que entre la infinidad de factores selecciona uno y se ponen a hacer estadísticas acerca de él? Si uno se lo traga es porque tiene necesidad, la que he estado denunciando, necesidad él mismo de creer en causas y en uno y en una causa, en el sentido que he mostrado. Sí.

–Mi pregunta es la siguiente: ¿en qué punto el sistema crece y toma la sociedad este sistema, la administración de la muerte, cuándo permite coger al niño recién nacido y darle el palo para que lllore y se entere de cuál es la realidad que le rodea?

–¡Hombre! no vamos a ponernos así! Hay niños que respiran mal al nacer, y si les dan unas palmadas en las nalgas, eso es lo de menos. ¡Ojalá, ojalá todo el daño que se les hace a los niños consistiera en darles unas palmadas para ayudarles a respirar mejor! Eso es, digamos, venial. Ya se sabe que somos, en caso de que nos consideremos animalitos, somos unos animalitos bastante mal hechos, peor que los demás ¿no?, y las cosas en las que los borreguitos no fallan pues las criaturas humanas fallan. No vamos a meternos... es demasiado elemental. El mal se le hace al niño algo más tarde: al mismo tiempo que se le da (“se”: no se lo da nadie ¿eh?, ni los padres ni nadie: “se le da”, impersonal) el mayor de los bienes, que es la lengua común, al mismo tiempo con ella se le mete inevitablemente el peor de los venenos, que es la lengua de la tribu correspondiente, la lengua tribal, y con ella se le comunica la noticia de “vas a morirte mañana”; y desde ahí, desde eso, que puede suceder alrededor del año y medio, cuando efectivamente está terminando la guerra entre la lengua común y el idioma que le haya tocado, con esa comunicación empieza la elaboración de la Realidad que he estado denunciando, y que está fundada justamente en esa fe, en esa fe que es la madre de las ideas, la madre de la Realidad. Ése es el daño que le hacemos: “se le hace” (impersonal) todo el bien posible (“se”: nadie: “se” impersonal), pero le hacemos (nosotros) y nosotros, precisamente como una tribu determinada, le hacemos todo ese daño porque tenemos todo el interés en que resulte ser un sujeto del Estado o del Dinero, para que tenga una seguridad en su futuro... todas esas benevolencias de padres y de madres, gracias a los cuales no pueden menos de meterles este veneno de la fe en la muerte, y contribuir así a la administración de muerte.

–¿Me permites, Agustín? Es que me he quedado un poco preocupado por tu manera de preocuparte por nuestra salud.

-No: preocuparme, no.

-¿No te has preocupado por nuestra salud?

-No, no: preocuparme, no. Lo que he hecho es declarar que estoy hablando por vuestra salud. Nada de preocupación; no, no.

-Me he quedado un poco preocupado por tu preocupación por nuestra salud. Y me ha sorprendido en la retórica de tu representación de hoy una cierta insistencia en lo del veneno, en la palabra veneno ¿no?, una palabra dicha con mucha energía, mucha fuerza: el veneno empieza ya por el niño de año y medio que le enseñan el idioma que le ha tocado... Incluso lo decías al principio, que el veneno está en la sucesión sintáctica y...

-Empieza por ahí.

-No: es simplemente que me ha sorprendido: ¿por qué “veneno”? ¿Por qué llamarle...? No, no me parece que sea una metáfora tan inocente decir “el principio de la Realidad es veneno”. Claro, se me ocurre una hipótesis, una especie de interpretación heresiarca del dogma del pecado original. No sé si te viene un poco de ahí. No lo digo completamente en serio. Pero quiero decir que... todos venimos de algo y entonces al año y medio... mamaste -perdón que lo diga así- el dogma del pecado original, que por otra parte es una de las cosas más razonables de la religión católica...

-No, no, no: no puede ser. No puede ser. En cuanto a mi empleo de la metáfora “veneno” pues no tengo demasiado interés, puedo retirarla. Desde luego yo creo que puede valer con tal de que, cuando oigáis eso de “veneno”, entendáis que es un veneno serio, es un veneno mortal, porque en ese caso el veneno representa eso que ya más en abstracto he llamado administración de muerte, una vez que está impuesta desde el futuro. De manera que en ese sentido se puede emplear tal vez, pero no tengo interés en ésa ni en ninguna metáfora. No, no: el pecado original no coincide con la adquisición por parte del niño, a la fuerza, de una lengua determinada en contra de la lengua común. La expulsión del paraíso, y por tanto la pérdida tanto de las posibilidades de vida a que antes he aludido como de una razón sana, una razón sana, no sometida a ideas, ésa, como sabéis, se presenta en la Biblia como causada por un acto de desobediencia, es decir, que está ya presentada con muy mala intención en el texto de la Biblia; porque efectivamente se presenta como una causación, como si se supusiera de antemano que el Señor, Yahvé o Elohim o como se llame en esos libros, tiene todos los derechos a la obediencia total, y entonces viene una desobediencia, un acto de desobediencia de la Ley, un salirse de la Ley, y el castigo, que quiere decir... el castigo quiere decir el comienzo de la Historia, de lo que he llamado Historia. Porque yo todas estas cosas que os he contado no puedo referirlas con precisión más que a estos diez mil años de historia más o menos, no puedo saber qué pasa con las supuestas gentes que anden por ahí fuera, que no se hayan dejado meter en la Historia, que a lo mejor pudieran estar en un paraíso: me refiero a la realidad que conocemos inmediatamente, que es la realidad histórica, que es en la que se ha impuesto esta fe en el Futuro, y en la Historia por tanto, y esta creencia en la Causa y en la Culpa, en la Culpa y en la Causa.

-¡Hola, buenas tardes! Lo primero quisiera felicitarle y decirle que hace ya algo más de tres años que le oí hablar en Lorca y le oí hablar sobre quién le decía que no al Poder (era en torno a la anarquía), y creo que esto lo ha planteado usted de una manera muy muy parecida, que también se trata de ver quién le dice que no a la Culpa y a la Causa ¿no? Pero es que, vamos, desde entonces, desde hace tres años estoy intentando dejarme hablar como usted nos aconsejaba a los que estábamos allá en Lorca en aquel momento, y la verdad es que cuesta mucho trabajo. Pero es que creo que en este tema de derecho penal parece ser que... la sensación general es que la gente, al menos de una manera particular, le ha dicho ya que no. O sea, están totalmente insatisfechos con la manera en que se imparte justicia aquí en España, y entonces parece ser que, como

ya hemos dicho que no, siguen maceándonos por todos lados. Entonces quisiera saber yo cuál es la manera, una manera más o menos inmediata, de que en esto de la justicia penal, del derecho, la culpa, la causa y sobre todo la absolución apareciera. Porque yo creo que, a partir de ahora, lo que verdaderamente busca la gente (no sé si usted está de acuerdo) es que el derecho adquiera una verdadera esencia, que resuelva los problemas. ¿Cómo ve usted que podría mejorar el tema de la administración de justicia en España? Gracias!

-Bueno, la verdad es que, si estás más o menos obligado a estudiar Derecho o lo que sea, pues me da un no sé qué responderte de una manera que ya comprendes tú mismo que no puede ser sino bastante radical ¿no?, sobre todo después de lo que tú mismo me has reconocido. Efectivamente: se trata aquí, aunque yo no lo he planteado, de preguntarse quién dice que la culpa y la causa es falsa, es mentira. Si es verdad, no puedo ser yo, que personalmente no puedo hacer más que decir mentiras: en la medida en que pueda ser verdad, será desde luego la lengua lo que lo diga, esa lengua a la que aludo cuando hablo de la táctica de dejarse hablar en lugar de soltar las opiniones de uno. Yo por supuesto trato de seguir esa táctica, este rato mismo en que he tratado de dejarme que me saliera por esta boca todo lo que me viniera y caiga quien caiga, es decir, dejarme hablar; eso no quiere decir que lo pueda conseguir ¿no? En todo caso, sépase bien que uno personalmente no puede tener una opinión verdadera, que uno no puede tener más que mentiras; y que si se dice alguna verdad, no la dice uno, viene de otro sitio, viene de otro sitio, cosas que no existen, pueblo, lengua, yo, yo cuando no soy nadie.

En cuanto a lo de la Justicia, pues claro: ¿qué te voy a decir? Yo no puedo andarme por las ramas ¿eh? Respecto a la Justicia lo único que puedo decir es, como al niño de Jaén que le preguntaban “Tú ¿qué vas a ser cuando seas mayor?”, y decía “Yo, que no haiga escuela”: pues yo a tu pregunta “que no haiga Justicia, que no haiga Justicia”. Yo lo más que puedo hacer es razonar en el sentido de que es mentira que haga falta para nada. Se supone que la Justicia está... Esto es como... Claro, no he podido sacar todos los ejemplos, pero es como el de la Profilaxis que saqué en Medicina: es el mismo. Se supone que la Justicia está para regular la vida y por tanto impedir que se cometan crímenes y que se hagan cosas por el estilo. Todo el mundo sabe que es mentira, que a lo largo de toda la Historia nunca la Justicia ha servido para eso; y con pena de muerte o sin pena de muerte, da igual: no sirve para eso, no está para eso, no está para eso más que como pretexto. Por tanto lo puedo razonar en el sentido de que no hace ninguna falta. ¡Que no haya Justicia! Sin más: ¡que no haya Justicia! Ésa es la única forma, puramente negativa, del deseo que le puede venir a uno de abajo. No puede uno pretender una Justicia buena, un Derecho, sobre todo, un Derecho penal o civil mejor. Son, con el progreso de la Historia, son necesariamente cada vez peores; es decir, pueden llegar a competir, por ejemplo en una red burocrática de un estado actual del régimen, a competir con aquellas barbaridades de la justicia de los hetitas o de los asirios de que os hablaba antes, que ya desde el comienzo de la Historia eran verdaderamente la barbarie misma de esa pretensión de regular la vida. Pues una organización jurídica con todo su aparato burocrático e informático en el Estado del Bienestar puede llegar a más que eso todavía. Y... lo siento, pero cualquier intento de mejora desde dentro pues no contribuiría sino a sostener el aparato. Lo cual no quiere decir que si tienes que estudiar Derecho te desanime de que te hagas a lo mejor abogado y hasta juez y te metas dentro, porque siempre está esta pretensión un poco adolescente que yo recuerdo de cuando era un muchacho: decía “ahora me pongo a estudiar mucho, y me meto en el seminario (jamás he entrado en ningún seminario ¿eh?, pero imaginaciones) y me hago obispo a los veinticinco años, y entonces después sigo estudiando y sabiendo más y resulta que me hago cardenal enseguida y resulta que luego me hago papa, y entonces, una vez que me haga papa, voy y digo “Todo es mentira”. *[[aplausos y muchas risas]]* De manera, que en virtud de esa fantasía adolescente, que es una fantasía, pero que tiene su seriedad, pues tampoco te digo: ¡deja de estudiar Derecho!, ¡ponte a estudiar Farmacia o Filología! No, porque me da igual, vamos. Las formas de falsedad se encuentran por todas partes ¿no? A lo mejor puede suceder eso, que puedas, desde dentro, hacer una labor, no de mejora, por supuesto, del sistema, pero sí de quebrantamiento, de quebrantamiento, de descubrimiento de la falsedad. No es una posibilidad muy segura, pero siempre cabe: nunca está

uno condenado del todo por el hecho de hacer una carrera ni por el hecho de ninguna otra cosa. Sí.

-Tenía una duda... tenía la idea de que el sentimiento de culpa ampara la cultura occidental...
[[no se oye]]

-Pero aclara, aclara un poco la diferencia.

-[...]Dice usted que la culpa es [...] ¿qué pasa? ¿que el que no se siente culpable, una de dos: o tiene exceso de ser o no tiene ser?

-No, no: le falla, le falla, le falla el ser, le falla la constitución. Efectivamente uno necesita creer que puede ser culpable. En ese sentido le doy la vuelta a la frase del santo, al *felix culpa!*: uno tiene que creer que puede cometer pecado. Eso hasta en una teología de la antigua religión, de la religión católica, se vería claro: uno tiene que poder cometer pecado; si no, ¿qué sentido iban a tener ni el sacramento de la penitencia ni las ideas respecto al perdón de los pecados y a la salvación? Uno cree que puede cometer pecado. Claro, por tanto tiene que creer que es responsable, agente, causa, de las cosas que hace, y eso es la necesidad esencial que sustenta eso. Desde luego a uno para vivir y perderse por ahí no le hace falta ninguna; pero para ser el que es, amigo, para ser el que es, para hacerse una [identidad], para eso le es necesario. Y lo mismo a nosotros que a los antiguos griegos ¿eh? Desde que empezó la Historia, mucho antes de los griegos, no ha pasado en este aspecto nada grave ni trascendental, ¿no?: lo mismo, la necesidad de eso de creer en sí mismo pues regía por todas partes. Ya he citado cómo la labor de Sócrates, de la vida entera, fue dedicarse a denunciar el engaño: uno siempre está justificado. Ahora, ¿cómo se justifica uno de cualquier cosa que hace? Pues evidentemente la justificación tiene que venir a superar la inculpación que previamente puede amenazarle; si no, no hace falta justificación.

A este propósito se puede decir exagerando que el pecado de verdad es la justificación de la culpa; eso es algo que se desprende de la actitud de Sócrates bastante bien. ¿Por qué (permitidme que me detenga un momento aunque no tiene que ver mucho con lo que has dicho), por qué el pecado de veras... qué sentido tiene esto que digo de que el pecado de veras es la justificación, es decir, la cura de la culpa que le precede? Pues porque la justificación es una justificación de palabra, y si uno se pone a justificar sus acciones de hecho, sus acciones culpables pero hechas por buenos motivos, entonces lo que está es sometiendo la palabra al servicio de la Realidad, de la manera más esclava; se está usando la palabra justamente para sostener la Realidad, y la gracia de la palabra es que puede no servir para eso, que puede ser libre. Por eso la justificación, la justificación que se entiende que es siempre una justificación de palabra, es en ese sentido el verdadero pecado digamos contra el pueblo, contra la razón, contra la lengua, contra todo eso que no existe pero que lo hay.

Bueno, perdonad el paréntesis que me ha salido y adelante!

-Primero quiero agradecerle la posibilidad de escucharle una vez más, que es un auténtico placer, salud y vida. Y luego quería hacerle una pregunta: ¿cómo interpreta usted el que en esta época, en este momento, haya una proliferación... (bueno: ya sabemos que esto es realidad y que es clasificación, pero que es la realidad de que a todas horas se habla) haya un aumento tan enorme de la depresión, que está inmediatamente ligada a la culpa? Es decir, cuando una persona va a un psiquiatra porque está deprimido, inmediatamente el psiquiatra le saca... le dice "tú te sientes culpable de todo", y el otro asiente: la culpa está en el fondo de la depresión como algo muy poderoso. ¿Qué nos está pasando, de qué es síntoma el que en este momento tantos seres humanos padezcan esa necesidad de ser a través de culpabilizarse de tal modo y entrar en ese estado en el que curiosamente... (y esto [...] ha sido una pregunta ya que ha hecho usted al final) cuando se da la depresión profunda, cotidiana, curiosamente hasta el lenguaje falla? Es decir, carece de recursos la justificación de alguna manera, por eso va al psiquiatra, a que lo justifique de algún modo, a que le [...] de algún modo, y al mismo tiempo no deseas eso, porque al mismo tiempo la culpa ligada a la depresión es la afirmación de tu ser, sin ella no eres. ¿Por

qué se da tanta depresión, tanta afirmación de la culpa, tanta necesidad de ser? ¿Es que algo se está generando por debajo?

-Sí, bueno, en primer lugar, antes de hablar de la abundancia que tú estimas relativa de depresión o digamos tristeza en nuestros tiempos, en comparación con otros, quiero referirme a lo de la psiquiatría en primer lugar. Claro, tú has presentado una psiquiatría que... bueno, actúa de esa manera normal, es decir, parecido a como el cura en el confesionario en la vieja religión: es decir, tú allí vas y efectivamente cuentas tus pecados y el psicoanalista te los saca, y efectivamente se supone que eso tiene una virtud curativa, no la salud de que yo os hablaba ¿eh?, sino curativa para la reintegración de la propia persona, que de alguna manera en lugar de justificación encuentra lo que entre los curas se decía “absolución”, encuentra una absolución respecto a las culpas que estaban establecidas. Bueno, éste es el caso de una relación psiquiátrica normal. Yo conozco casos en que se va a ver al psiquiatra lo mismo que en tiempos de la vieja religión iban las beatas al confesionario, es decir, a contarle no sus pecados sino los del marido o los de las vecinas, cosa que se hacía mucho y me temo que en muchas de las sesiones psiquiátricas pues se hace también eso ¿no? Pero, de una manera o de otra, efectivamente se está jugando con la culpa, la propia o incluso en esta desviación la de los prójimos, y se está buscando una cura para la culpa. Y hasta ahí parece que debías tener alguna razón en pensar que en nuestros tiempos debe de haber alguna presión especialmente fuerte de la necesidad de culpa que explique esa depresión, esa tristeza; pero esto sería demasiado simple: estaríamos cayendo, como veis, en este ejemplo, en algo contra lo que hablaba: la conexión causal.

Para no emplear la palabra depresión, bastante prostituída, diré tristeza. Efectivamente la tristeza es frecuente en las poblaciones del Régimen del Bienestar, la encuentra uno por todas partes, de diferentes formas, la gente se aburre mucho, y sobre todo se aburre sin aburrirse, se aburre con un aburrimiento recubierto, por ejemplo delante de la tele o cualquier cosa o con cualquiera de las estupideces con las que se entretiene al personal, y a pesar de todo está con frecuencia triste, no puede evitarlo ¿no? Yo esto no lo atribuiría tan directamente a la culpa o sólo a la necesidad de culpa, sino a que en las poblaciones, al lado de las personas, que están sumisas y que no pueden tener ninguna pretensión más que la seguridad en sí mismo... porque eso es lo que el propio Estado y el Capital requieren: si el súbdito o el cliente perdieran la seguridad en que sabe lo que está haciendo, Dios actual, el Dinero, Dios de los Dioses, caería por tierra; su seguridad en el futuro y en el juego con el crédito está fundada en la creencia de cada uno, y efectivamente lo normal es la obediencia; la persona está constituida en esa obediencia, va a hacerse su futuro, cree en su realidad, se inscribe en la realidad general, pero eso nunca tiene un éxito total: uno siempre está mal hecho, por lo bajo, siempre le quedan resquebrajaduras; y entonces se puede decir que efectivamente uno está siempre... Esto no los psiquiatras, pero el psicoanálisis de verdad en la disolución del alma lo sabe bien: uno no es uno, en contra de la pretensión contra la que he hablado. Uno no es uno; uno está hecho de cosas contradictorias: está la persona o el yo, como dicen los filósofos y a veces los psicoanalistas también, pero luego hay más, hay más cosas que no están de acuerdo: estamos en guerra ¿eh?, estamos en guerra; y entonces esta guerra pues unas veces toma unas formas y otras veces toma otras. Don Antonio Machado decía en unos de los versos tempranos “yo vivo en paz con los hombres y en guerra con mis entrañas”, una manera de decirlo (“no os estrañéis, mis amigos, que esté mi frente arrugada: yo vivo en paz con los hombres, y en guerra con mis entrañas”), esa guerra se puede traducir en eso, simplemente en arrugas; pero en muchos otros casos, si uno se mantiene lo bastante vivo y sensitivo para lo que no es la persona sumisa sino lo otro que le bulle por debajo, otras veces eso tiene que traducirse en un desconcierto, que puede venir a dar en la tristeza. Claro, vistas las cosas de esta manera yo tendría que decir: menos mal, menos mal que hay mucha gente que está triste. Si las poblaciones estuvieran de verdad como las presenta la televisión, todo el mundo feliz, disfrutando de la vida y todo eso, entonces estaríamos perdidos. Tengo que decir: menos mal, menos mal que hay una tristeza que cunde, que cunde por todas partes... y luego habría que distinguir mil casos diversos. Yo no creo que esa tristeza de por sí sea fructífera; no creo que la locura estrema a la que aludes, cuando se pierde hasta el habla, sea tampoco fructífera; no creo que sean maneras de luchar contra el engaño. Hay que admitirlas, se dan; se dan, en diferentes maneras se viene a vivir en la misma contradicción entre la persona de uno mismo y las otras cosas

que no son, que están en o por debajo de uno, pero que no son uno. Y así es como creo que hay que tomarse las cosas de momento.

-La pregunta que quería hacer es... vamos a ver: tú planteas que debido a las múltiples interrelaciones que tenemos en la vida, sería mucho más honesto pensar en que no conocemos las causas reales más que al [penalizar] una determinada porque creemos que es la más probable o la más correcta; y entonces eso nos induce o nos incita a pensar como el sabio que decía que, para funcionar en la vida, pensando mejor, yo sólo sé que no sé nada. Pero...

-Bueno, entre paréntesis, no le atribuyáis eso a Sócrates porque eso es lo que dicen los manuales de los Istitutos, son fabricaciones de las que hacen los filósofos... Luego volveremos...

-Yo digo "como dijo el sabio...". Bien, pero yo veo la belleza que se esconde detrás de funcionar y de vivir en la vida siguiendo esa premisa, no tratando de determinar, sin determinismo ¿no?, sino de vivir según eso [...] Sin embargo me siento actualmente incapaz de pasar a la acción. Es decir, intuyo la belleza que se esconde detrás, pero, como imagino que todos, la intuimos y luego nos sentimos incapaces un poco de actuar, de ver cómo sería la vida siguiendo esa conducta. Entonces, desde una persona, desde el punto de vista de una persona que sí que parece que está un poco más adelante que nosotros, que yo por lo menos, ¿cómo se ve la vida desde esa perspectiva, y cómo se vive eso?

-Sí. La cuestión que planteas es justamente la que en esta tertulia política que nos traemos en el Ateneo madrileño todos los miércoles, y que es de lo que esta temporada principalmente vivo, ha venido a plantearse, incluso empleando un término tan averiado como revolución. Está claro que eso que tú... a lo que aludes, y la posible revolución contra este estado de cosas, no puede ajustarse a las normas a las que se ajustan las acciones para hacer lo que ya está hecho, que son la mayoría de las que hacemos, para sostener la realidad; por tanto ni tú ni yo podemos tener idea de ningún futuro. La revolución se está haciendo ahora mismo, esta noche, aquí, en la medida que puede, y de ella saldrá lo que salga: eso ni yo lo sé, ni puedo tener intenciones ni dirigirla, porque eso es una cosa, esa protesta, esa denuncia de la falsedad, es algo que se hace en mí, a través de mí pero a pesar de mí, de gente, como este rato, pero se hace, desde luego, en cada momento; se está haciendo; ésa no puede nunca aspirar a convertirse en un proyecto de otra forma de vida, de una vida de verdad. Efectivamente, he dicho, culpa y causa son las que cierran las posibilidades de vivir: así es; pero nunca del todo, nunca del todo. Aquí estamos esta noche, y mientras estamos debatiéndonos para reintegrar la realidad y entender las cosas causalmente (incluso alguno de vosotros cuando salgáis me echaréis a mí la culpa de lo que he dicho, como si lo hubiera dicho yo, para libraros del tormento de pensar que a lo mejor ha venido de otro sitio y que es verdad, ¿no?), aunque estemos así, por otro lado también estamos abiertos a eso que he llamado nuestra imperfección, y se está haciendo algo. Y es todo lo que se puede decir: se está haciendo ahora mismo. Desde luego, no podemos contar con un proyecto, con una idea de cómo sería la vida de verdad. Si yo, a lo largo del mucho tiempo de darle vuelta, puedo aceptar lo que has dicho de avanzar algo más, es avanzar en el sentido del desengaño respecto a creer que efectivamente eso se pueda traducir en ningún plan ni en ninguna doctrina ni nada, sino aprender a contentarme con lo que de hecho se da, que es esta revolución constante que consiste en la contradicción, en que al mismo tiempo que se está obedeciendo y reconstruyendo la realidad y echándose culpas unos a otros, al mismo tiempo pues pasan otras cosas que no son eso, sencillamente así.

-¡Buenas noches! Bueno, quería hacer una pregunta sobre algo que me he planteado sobre la culpa. Me la hice con unos cursos sobre el Desarrollo humano de Psicología, y en esos cursos se nos ha explicado que el ser humano no tiene culpa de nada, que eso de la culpa no existe, lo que pueda ser el sujeto funciona en su vida según la experiencia vivida que le han enseñado sus educadores y [...] y su propia capacidad con la que va. Entonces quisiera saber si eso simplemente es [minimizar?] al ser humano o esto es una realidad.

-Eso está muy tendenciosamente dicho ¿eh? Porque efectivamente parece que quiere disculpar por el camino de la determinación. Dice: “como uno no tiene más remedio de hacer lo que hace, entonces no tiene culpa”. No: no es ése el camino. Eso es lo que justamente la vida de Sócrates denunciaba: “cada uno se cree que hace lo que tiene que hacer”, en virtud de, tenidas en cuenta su educación, sus circunstancias y tal. No es verdad, no es verdad porque uno, aunque está tan mortalmente constituido, nunca está constituido del todo, siempre hay roturas, y por tanto la actitud tiene que ser más bien la negativa, la de Cristo en la cruz: “No saben lo que hacen”, simplemente. Eso es disculpa de verdad, sin caer en ninguna especie de determinismo. El ataque contra la culpa, y la causa, que he traído aquí consiste en eso, en el reconocimiento de que “andamos vagando” os he dicho, es decir, que en la infinidad de factores que influyen de unos en otros y que nos mueven no hay posibilidad de un saber ni de los motivos, ni de las intenciones futuras que uno tiene. Es el desprenderse de eso lo que efectivamente es una disculpa, una anulación de la noción misma de culpa.

-Una cosa: que en el “No saben lo que hacen” ¿no crees que contribuiría a ese análisis y a esa búsqueda del desengaño el hacer entrar en juego también... la frase entera “Perdónales, porque no saben lo que hacen”? Parece que no podrías ahorrarte el tema del perdón.

-Sí, la verdad es que me quiero ahorrar la referencia al Señor, al Padre, porque efectivamente sería.... tal. Ahora, lo del perdón es lo que he dicho de la disculpa: lo he despersonalizado y he dicho “eso es disculpa de verdad”. No porque el Señor conceda el perdón. ¿Quién es Él, quién es el señor para conceder perdones de culpas que él mismo se ha inventado? ¿no? No por eso sino porque es una disculpa de verdad ¿no? Sí.

-Bueno, no sé, doctor García Calvo, hace ya varios años que le oía en Radio 3 y me parecía que hablaba como desengañando, con el estilo más bien [...] De todas formas [...no se oye bien por un buen rato]

.....
una noticia del periódico que decía que [...] son causados por el trabajo, es decir, por el hecho voluntario y libre... Yo inmediatamente pensé que eso alguien lo tenía que decir para justificarse a sí mismo. Hace un poco de tiempo, un poco más, leí de un pretendido intelectual que, mientras atacaba (se ve que estaba muy cabreado con un compañero suyo), decía que los imbéciles de hoy son los que se han salvado gracias a la ...

-Ya. Bueno, vamos a no sacar más anécdotas ya, porque a lo mejor no todas ellas tienen tanta sustancia como debieran ¿no? No saques ya más...

-Sólo una un poco más... En la consulta de un médico, en la sala de espera, había unas madres con sus niños y tal, y empezaron a hablar de que si el virus provocaba resfriados y tal; entonces una se puso: “¿es que lo sabemos todas lo que son los virus?”, a lo que las demás asintieron casi todas con reverencia religiosa, y una dice “Pues claro: estamos hartas de saberlo.” [...]

-Está muy bien. Esa conversación es muy bonita en cambio. Está muy bien. Ésa es muy representativa. Esa conversación entre señoras debes escribirmela y comunicármela, porque la verdad es que es muy representativa, sí. Tiene mucho que ver con lo que digo. Por lo demás, en primer lugar tengo que alegrarme de encontrar un oyente de Radio 3, porque me los encuentro por todas partes al cabo de los ventitantos años ¿no? [...] once o doce, sí, sí. Me los encuentro por todas partes y, claro, es una de las cosas que me dan más alegría, porque yo cuando hacía la emisión ésa no le daba tanta importancia como le he dado después al encontrarme con tanta gente y por todas partes ¿no? Bueno, tú recuerdas bien que no es sólo que yo sólo soltara un sermón más o menos de obispo, sino que la gente llamaba y hablaba ¿eh?, era una sesión con diálogo, aunque tan condicionado por eso de los medios y...

-Pero ¿por qué [...] toda la sociedad [...] pensar que todos somos los culpables de algo?

-Sí, eso ya lo he estado tratando de hacer ver, que en eso se juega uno el ser: si uno no es culpable, no es nadie. Es decir, para poderse salvar, tener el ser, uno necesita eso, es una necesidad que está... Por supuesto es una necesidad del Poder: ya he demostrado que ni el dinero ni el poder puede sostenerse sin eso, sin la noción de causalidad, y desarrollan una Ciencia que sostiene la noción de causa, pero cada uno también lo necesita, y es ahí donde se funda la necesidad para sustentar su propio ser.

Termino: en cuanto a tus niños, pues la verdad es que... no puedes darle mucha importancia a los cambios de religión. Yo no es que vaya ahora a ponerme a defender a la vieja religión y a los colegios de monjas ni cosas de ésas, no, no; pero hay que guardarse de la nueva. Supongo que tus niños, al no tomar Religión, tienen que tomar otra cosita que llaman ¿cómo?.. Ética, sí. Entonces no sé qué será peor.

-No hay presupuesto para eso.

-Ah, ¿que se quedan sin clase? Entonces estupendo.

-¡Que no haiga escuela!

-¡Que no haiga escuela! Entonces estupendo. Sí, pero no hay que fijarse nunca mucho en las gentes de otros mundos que padecen miserias arcaicas, ni fijarse mucho en las religiones de tiempos pasados...: hay que atender siempre en primer lugar a lo que padecemos aquí, en el primer mundo y ahora mismo; porque al lado de eso todo lo demás son... pues bueno, componentes más o menos ficticios y recordados que no cuentan mucho.

-Una pregunta muy cortita: pasada la fase de ese lenguaje común que usted ha dicho y llegando al de la tribu, ese lenguaje (le pregunto como filólogo esto) ¿ese lenguaje ya no es sólo comunicación establecida como psicolingüística, es realmente configurador o generador de la inteligencia del Hombre?

-No: inteligencia es muy difícil saber lo que quiere decir. Vamos a no hacernos ilusiones respecto al término. Inteligencia por lo menos quiere decir cosas tan dispares como rapidez, con lo cual se parece a listezga (rapidez en las conexiones: a eso se llama inteligencia), y por otro lado inteligencia puede querer decir honradez, es decir, no creérselo, no creérselo y ser capaz de dejarse hablar; y la verdad es que lo uno y lo otro no tiene mucho que ver: más vale renunciar al término, que está demasiado confuso ¿no? De lo que desde luego es creación la adquisición del lenguaje de la tribu es de la Realidad misma. Porque esa lengua común que suponemos (sin saber: suponemos) que el niño trae al mundo, esa gramática común es de una lengua que no tiene vocabulario semántico, una lengua que tiene todos los mecanismos esenciales de todas las lenguas (por eso es común: está por debajo de todas), pero desde luego lo que no tiene es un vocabulario de palabras...

FIN DE LA GRABACIÓN